

**Clemens J. Setz**

# **Seis miniaturas sobre la verdad**

Traducción de Virginia Maza

H&O Editorial



H&O

≡ Federal Ministry  
Housing, Arts, Culture,  
Media and Sport  
Republic of Austria

Títulos originales: *Gedankenspiele über die Wahrheit*  
*Kayfabe und literatur*

Primera edición: mayo de 2026

© Del texto: *Gedankenspiele über die Wahrheit* © Literaturverlag  
Droschl, Graz-Wien 2022 / *Kayfabe und literatur*  
© Verlag Johannes Heyn, 2019

© De la traducción: Virginia Maza, 2026

© De esta edición: H&O Editorial, 2026

Imagen de la cubierta: «Wrestlers», Thomas Eakins

Imágenes del interior: Alamy

Diseño: Orion Estudi

Maquetación: Fotocomposición gama, sl

Corrección: Guillermo Pérez Ortiz

Impresión: Arcángel Maggio

ISBN: 979-13-87914-16-5

Depósito legal: B 9083-2026

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

No se permite el uso de este libro para el entrenamiento de ningún tipo de IA.

James Hogg (1770-1835) constituye una excepción entre los poetas pastoriles, ya que en efecto fue pastor hasta los cuarenta años.

Texto de solapa de la edición de *Memorias privadas y confesiones de un pecador justificado*, de James Hogg, en la editorial alemana Reclam

Quizá nada sea del todo cierto, ni siquiera eso.

MULTATULI (EDUARD DOUWES DEKKER)

H&O Editorial

# I

## La versión de Willemsen

H&O Editorial

H&O Editorial

Lo confieso: me encanta Roger Willemssen, sobre todo sus libros de viaje. Sin embargo, eso no significa que crea a ojos cerrados en la verdad que contienen. No me importa demasiado esa veracidad, aunque Willemssen presente como ciertas muchas de sus historias en entrevistas e intervenciones.

En 2010 publicó el que quizá sea su mejor libro, *Die Enden der Welt* [Los confines del mundo], y en él relata esta graciosa anécdota sobre el escritor austriaco Franz Grillparzer:

Les cuento cómo, a finales del siglo XIX, el escritor Franz Grillparzer viajó al Adriático para ver el mar, que no pudo conocer antes ni por fotografía ni en filmaciones. Les refiero cómo los lectores contenemos la respiración: he aquí un escritor, un hombre de la palabra, que se encuentra por vez primera en su vida ante el océano original... Y, entonces, ¿qué escribe en su diario?: «No me lo había imaginado así».

La escena tiene un golpe final insuperable y está visto que Willemsen sentía debilidad por ella porque la mencionó en todas las presentaciones a las que asistió a lo largo de años. También la leí en una entrevista suya con Jan Drees:

Siempre me viene a la mente —explicaba Willemsen— un episodio de los diarios de Grillparzer, que era por cierto un tipo más bien misántropo. Cuando viaja a ver el mar por primera vez, contémos la respiración, algo que no es habitual leyéndolo, y nos preguntamos: ¿cómo verá el mar un hombre que nunca lo ha visto, ni en una grabación?, ¿cómo lo describirá? Entonces Grillparzer va hasta el mar, se planta delante y anota en su diario: «No me lo había imaginado así».

Los diarios de Grillparzer son una lectura imprescindible. Los adorables fragmentitos de un gruñón. Algo así como un Twitter unipersonal en la Austria del siglo XIX: arisco, delicado, largo de miras, con un olfato agudo para las intrigas, que amenaza partirse al menor cambio, poéticamente *intense* y de juicio severo. Como es natural, después de toparme tantas veces con esta encantadora anécdota de Grillparzer narrada por Willemsen, quise dar con el pasaje original. Y lo busqué..., pero no encontré nada. La razón, sin embargo, no era que Willemsen inventara



Franz Grillparzer

la historia; en realidad se había ido puliendo en su memoria, tal vez a fuerza de repetirla, menguó, se renovó y se despojó de todo lo accesorio hasta que no quedó más que esa frase icónica, a la altura de otras lacónicas frases que trascienden con su peso, como «no lo acompañó sacerdote alguno» o «ya no leímos más en todo el día».

En efecto, resultó que ya conocía el pasaje, solo que la famosa frase era una entre tantas. Y, contrariamente a la impresión que crea Willemsen al trasladarla, es una descripción con un detalle y una emotividad prodigiosos. Grillparzer vio el mar por primera vez desde Villa Opicina, una aldea cercana a la bella ciudad de Trieste que hoy está conectada a ella con un pintoresco tranvía de aire anticuado. El pasaje en cuestión es este:

A medida que nos acercábamos a Trieste, fuimos apreciando un cambio considerable en el clima; el ambiente frío y desapacible se hizo más suave, y era como si todo anunciara que nos hallábamos a las puertas de Hesperia. Se cruzaban con nosotros, a caballo y en carromatos, aldeanos vestidos con extrañísimas ropas pardas y rojas, a tono con el conjunto, y nos fueron ilusionando tanto como permitían tres noches en vela y un viaje de ochenta millas en correo. Por fin, la aduana de Opicina. ¡Una colina! ¡Arriba! ¡Ah!... Ahí estaba ante nosotros,

vasto y azul y brillante, el mar. Salté del coche y salí corriendo de tal manera que mi compañero de viaje empezó a gritar que tuviera cuidado de no caerme. Era presa de una sensación extraña. Por todo lo que había oído contar, me había convencido de que la visión del mar no me llenaría del sentimiento de majestuosidad que me inspiraba en la imaginación y, por esa razón, temía más que me regocijaba el momento de contemplarlo en la realidad; en efecto, temía perder una imagen sublime y solo obtener a cambio una más exacta... Dudosa ganancia para un poeta. Y lo cierto es que se cumplieron parte de mis presagios. Sin duda, la imagen del mar que habitaba mi fantasía era más poderosa e imponente que la realidad, y, sin embargo, aquella impresión me cautivó de tal modo que me costó esfuerzo apartarme: no me había imaginado el mar así de bello, tan indescriptiblemente bello. Qué apacible y dulce se extendía aquel elemento rígido e indómito, una arrebatadora imagen intermedia entre ondas de praderas verdes y el sereno cielo azul, tan suave a la vista que el habla no tiene palabras para describirla, como una amante que se sosiega y está el doble de hermosa después de haberse enfurecido y acaricia y mima con el doble de ternura al amado... Jamás lo había imaginado así, y por eso me sorprendió y subyugó tantísimo. En Trieste el mar